

MONSEÑOR ROMERO, SEIS AÑOS DESPUES

El 24 de marzo de 1980 era asesinado Mons. Romero, el arzobispo mártir de San Salvador. Todavía no se sabe nada judicialmente sobre sus asesinos, ni sobre los inmediatos autores del hecho ni sobre quienes lo planearon y patrocinaron. Pistas hay de sobra, indiciados también los hay. Pero nada se ha avanzado. Ni siquiera se han desmentido las versiones oficiales de lo que ocurrió en la matanza de su entierro. Entonces la Junta, en la que estaba el hoy presidente Duarte, engañó a la población con una versión mendaz, que fue corregida por la amplia y responsable delegación religiosa que acudió del exterior. Los que estaban entonces al frente de la Guardia Nacional, de la Policía Nacional siguen estando hoy en la cúpula militar. Y nada serio se ha hecho por definir responsabilidades.

El 24 de marzo del año pasado, con ocasión de la conmemoración del asesinato-martirio, por primera vez salió a la calle, contra las prescripciones del estado de sitio, una peregrinación-manifestación, con varios miles de participantes. Ya antes, en un previo primero de mayo, se había dado una menor manifestación pública, pero entonces muchos de los participantes iban embozados. Fue el 24 de marzo de 1985 cuando de nuevo Mons. Romero salió con su pueblo a la calle pidiendo lo de siempre: respeto a los pobres, liberación a los oprimidos, justicia para todos. Abierto el camino, durante el resto de 1985 y 1986 el pueblo se atrevió a salir de nuevo a la calle en franca oposición al estado de cosas actual.

Este 24 de marzo fueron más miles los que peregrinaron y se manifestaron desde la Basílica hasta la Catedral donde reposan sus restos rodeados del fervor popular. Entre cinco y diez mil personas



fueron por las calles gritando que Mons. Romero está vivo y que Mons. Romero les da vida, les da fuerza y esperanza para seguir trabajando por lo que él trabajó. La inmensa mayoría de los participantes eran los pobres de siempre, los que siempre creyeron en él, los que no lo olvidan y los que a su manera siguen su obra.

Con ocasión de este aniversario pueden distinguirse cuatro grupos distintos, según sea su posición respecto de Mons. Romero.

Están los que ven en él un peligro y una condena de su propia actuación. Estos lo que quieren es olvidarlo cuanto antes como los otros quisieron matarlo en cuanto pudieron. Hoy no le atacan sino que lo ignoran. En este año tal ha sido la posición de los dos rotativos matutinos para quienes no existió ni siquiera la importante manifestación que recorrió las calles, ellos que son tan dados a publicitar las mínimas reuniones de los grupos más derechistas. El Mundo fue la excepción con una excelente doble página central que fue dedicada Mons. Romero por el grupo artístico que la dirige. Tampoco las patronales y asociaciones empresariales tuvieron nada que decir. Y tampoco dijo nada el gobierno.

Están los que propenden a hacer de Mons. Romero una figura política, pero sólo o principalmente política. Son distintos grupos de izquierda que aprovecharon respetuosamente la memoria de Monseñor para resaltar la causa de los pobres. Se expresaron profusamente en los medios de comunicación -en campos pagados naturalmente- y pusieron de relieve una parte importante del mensaje del defensor de los pobres. Hablar de manipulación es excesivo. Estos grupos, creyentes o no, reconocen en Monseñor a un hombre del pueblo, a un hombre que ni los más izquierdistas pueden ya desconocer, si



1. A. G. 86

tienen un mínimo sentido popular.

Están también los que quieren hacer, en el mejor de los casos, de Mons. Romero una figura puramente religiosa y eclesiástica. En el mejor de los casos, porque todavía su figura es piedra de escándalo y desunión entre los propios obispos de El Salvador, que con la excepción de Mons. Rivera estuvieron contra él, no asistieron a sus funerales y todavía -los antiguos- nunca han estado en una celebración pública de su memoria. En la misa concelebrada de su aniversario estuvieron Mons. Rivera y Mons. Rosa con un buen número de sacerdotes, pero en su mayor parte religiosos y extranjeros. Lo cual puede explicarse parcialmente por las fechas de Semana Santa, pero sin olvidar que se ha perdido en la arquidiócesis el impulso profético y martirial de los años en que Mons. Romero la presidió.

Están finalmente los que armónicamente llevan la dimensión histórica y la dimensión trascendente de la vida y del seguimiento de Monseñor. Los que saben por qué murió -cuestión de fe- y por qué le mataron -cuestión de historia-, los que saben cómo estaban unidas en su vida el anuncio del Reino de Dios traído por Jesús y la realización de la justicia en la tierra, el amor de Dios y la opción preferencial por los pobres. Estos que son muchos son los que venían en la peregrinación-manifestación y los que la terminaron con la misa en una catedral abarrotada de fieles que cantaban, esperaban y estaban determinados a seguir en la liberación de los oprimidos. Saben que la Iglesia jerárquica se ha entibiado en esta línea. Pero saben que ellos también son iglesia y que Mons. Romero sigue vivo entre ellos como un pastor que ya no les dirige desde fuera sino desde el profundo corazón de las masas.



1. AL. 86